

CRÓNICA

- **Tomás de Aquino, un maestro para nuestro tiempo (Pieper).**
- **50 años de la Divini Redemptoris (G. S.).**
- **La obra de Portales (Bravo).**
- **El derecho-deber a la educación (Gaete).**
- **Esencia y misión de la universidad (Vial).**
- **Universidad o pluriuniversidad (Ibáñez).**
- **Rousseau o la ideología del resentimiento (Garay).**
- **Nazismo, comunismo, socialismo, un idéntico combate (Pauwels).**

TOMAS DE AQUINO, UN MAESTRO PARA NUESTRO TIEMPO

SUMARIO

- I. Dios y el mosquito. II. La luz del misterio. III. Tomás y James Joyce. IV. Regular sin reprimir. V. Mundaneidad. VI. Una opinión moderna. VII. Amor de maestro. VIII. La práctica del diálogo. IX. Respeto al adversario.

Cuando Nietzsche denominó "Consideraciones inactuales" a su escrito polémico contra lo que él llamaba cultura decorativa, estaba convencido de ser actualísimo. Actual no es pues sólo lo moderno, lo que una época quiere y le gusta, sino también lo que posiblemente necesita y quizás no desea en absoluto. Actual puede ser a su vez lo correctivo, el no al tiempo. A Tomás le alcanza, pienso yo, la tesis de que él es actual en ambos sentidos, tanto en la forma de una correspondencia positiva como en la de una corrección inactual.

I. DIOS Y EL MOSQUITO

Hace unos años afirmé en una conferencia sobre la actualidad del tomismo que la grandeza de Tomás de Aquino se mostraba, entre otras cosas, en que no podía haber en absoluto ningún ismo que se le adhiriese, por lo tanto tampoco ningún tomismo. Naturalmente esta observación suspicaz estaba pensada como provocación, acuñada para los no poco usados manuales tomistas, que creen que se puede violentar la doctrina del maestro con una simplificación lícita, elaborando un sistema de principios escolares. La vehemente y encendida discusión que siguió inmediatamente me forzó a precisar mis objeciones. Una de ellas decía: en ningún manual que se denomine tomista he encontrado la expresión afirmada docenas de veces por Tomás: "Las esencias de las cosas nos son desconocidas".

Que la teología tenga que hablar de la incomprendibilidad del misterio no lo encuentra nadie sorprendente, aun cuando el cristiano medio no sepa que en la *Summa Theologiae* el tratado sobre la ciencia de Dios empieza con la frase: "Nosotros no podemos saber qué es Dios".

No obstante, es de las cosas que se encuentran en el mundo, delante de nuestros ojos, de las que se dice que su esencia nos es desconocida. Es de un mosquito de lo que afirma Tomás que ningún sabio ha podido nunca escudriñar absolutamente su naturaleza. Claramente todo esto no tiene nada que ver con el agnosticismo. Tomás no piensa en decir algo así como que la realidad nos está cerrada y es inalcanzable para nuestro conocer, que el mundo es un libro con siete sellos, inaccesible a un conocimiento verdadero. Increíblemente sostiene precisamente lo contrario: todo ser es por naturaleza cognoscible, claro, luminoso, lúcido hasta su fundamento. ¿Cómo pueden sernos, pues, las esencias de las cosas, sin embargo, desconocidas? ¿cómo concordar esto? En la aparente paradoja se esconde una actualidad que nos ha llegado a ser desconocida y que debe ser redescubierta. Es evidentemente la actualidad del correctivo.

II. LA LUZ DEL MISTERIO

La palabra clave se llama: criatura. Todo lo que existe es creador o criatura, no hay algo intermedio: ¿qué significa, pues, ser criatura? Esta pregunta, comprensible, no se deja contestar en pocas frases. En todo caso, la criatura es algo planeado. Algo que surge del proyecto del logos divino. Pero todo lo proyectado, también lo proyectado por el hombre, tiene, porque procede de un conocer proyectante, la cualidad de la comprensibilidad. Esto no significa ya que cualquiera lo comprenda fácilmente. Sí, no obstante, que está constituido de tal forma, que puede ser conocido y comprendido. Una vez me condujeron, como visitante interesado, por una fábrica de computadoras. No comprendí casi nada. Sin embargo, naturalmente era de por sí (en sí mismo) absolutamente comprensible. Toda pregunta imaginable podía indudablemente ser respondida.

He dicho: absolutamente comprensible. Esta formulación precisa una corrección. Todo lo que en el computador procede del proyecto humano, es, por esa misma razón, efectivamente comprensible. El material empero del que está constituido, y las fuerzas que en él actúan, no son comprensibles en la misma medida, porque no proceden del proyecto del constructor. Aquí aparece la frontera que separa la obra hecha por el hombre de lo creado en sentido estricto de la criatura. Toda obra del hombre está hecha de algo que no surge de un proyecto humano. La criatura, sin embargo, es traída de

la nada a la existencia. No como si la nada fuera un material a partir del cual el Creador hace algo. Por eso dice Tomás que es más exacto denominar la creación como un efectuar que trae algo al ser, después de que previamente fuera la nada (no ex nihilo sino post nihilum).

Lo creado, porque procede íntegramente del proyecto planeado por Dios, es también absolutamente comprensible por sí mismo, de la misma forma que las estrellas también son por sí mismas exactamente igual de visibles en un día claro como en una noche clara. Pero como ninguna potencia finita de conocimiento puede alcanzar el proyecto que se halla en la base de la obra divina, es decir, la criatura, por eso permanecen las cosas de la creación por principio insondables, a pesar de que por sí mismas sean luminosas, claras, lúcidas hasta su fundamento. Es precisamente su cognoscibilidad la que no podemos agotar y convertirla en conocida. Ellas permanecen como un misterio, un *mysterium*. Misterio no significa oscuridad; sino exceso de luz que ciega nuestros ojos.

III. TOMÁS Y JAMES JOYCE

¿Cómo juzga Tomás sobre las cosas de este mundo, sobre la corporeidad del hombre, con todo lo que ella supone, por ejemplo, la sexualidad? Me imagino que uno oye o lee las siguientes frases: "El fin del hombre es la perfecta semejanza con Dios. Pero Dios es una esencia incorpórea, y así el alma separada del cuerpo es parecida a Dios de una manera más perfecta que la que está unida al cuerpo". Quien esto oiga dirá probablemente que es justamente típico de una concepción medieval y, en el fondo, cristiana del hombre, que es considerado como un ser primariamente espiritual.

Este párrafo se puede leer efectivamente en Santo Tomás, sólo que procede de una objeción que él suele ponerse como obstáculo en el camino de su propio pensar. Por lo tanto, esto quiere decir que él rechaza explícitamente tal tesis, la declara falsa. Después se escucha su propia opinión: "El alma unida al cuerpo es más semejante a Dios, porque posee de manera más perfecta su propia naturaleza".

Ahora, pues, la pregunta concreta: ¿qué ha opinado Tomás, por ejemplo, sobre la sexualidad? De nuevo comienzo citando un

adversario, del que nadie se ha esperado que, como se puede leer en la documentada biografía de Richard Ellmann, considérase el acto sexual como algo asqueroso. ¡Este autor es James Joyce!

¿Qué dice sobre esto el fraile medieval Tomás de Aquino? También él cita en primer lugar un adversario, a saber, algunos Padres de la Iglesia que eran de la opinión de que en el paraíso se realizaría la procreación sin acto sexual. A esto contestó Tomás duramente: "hoc non dicitur rationabiliter", lo que traducido libremente significa: esto es absurdo. Y Tomás añade incluso que en el Paraíso no disminuiría el placer sensible, sino al contrario, aumentaría, porque la naturaleza humana sería más pura y el cuerpo más sensible. Por eso no puede uno seguir asombrándose de que Tomás en un artículo propio califique la incapacidad de disfrutar sensiblemente no sólo como un defecto, sino como una falta de moral, pues contradice el orden natural.

IV. REGULAR SIN REPRIMIR

Para Tomás no necesita ninguna justificación el que el orden de la naturaleza exija el acto sexual para la procreación, que por supuesto puede ser consumado "sin ningún pecado". Aduce la opinión de Aristóteles, haciéndola suya, de que en el semen humano hay algo divino. Que la fuerza sexual, como todo impulso hacia el goce sensible, se debe regular, es algo evidente, pero esto no se consigue extinguiéndola o reprimiéndola, sino ordenándola.

Este juicio sobre la sexualidad sólo es un ejemplo de la naturaleza humana corpóreo-sensible en su conjunto. Si no lo hubiese aprendido en Tomás, me sería desconocido que la capacidad de enfadarse es una de las fuerzas fundamentales e indispensables del hombre. Sin ella nadie se estimularía para emprender una tarea difícil. Que la regulación de la ira se llama tradicionalmente mansedumbre no me hace evidentemente una gracia especial. Aquí se muestra de nuevo que para algunas cosas buenas no tenemos ningún nombre vivo y dinámico.

V. MUNDANEIDAD

Se ha dicho que tal vez Tomás no habría tenido nunca el ánimo de defender tan decididamente la realidad natural del mundo y la cor-

poreidad del hombre, si su contemplación teológica no hubiera captado tan claramente la encarnación del logos divino en toda su profundidad: Dios se ha hecho hombre en Cristo. No obstante, Tomás entiende la frase del Evangelio de Juan: "y el Verbo se hizo carne" literalmente. De una manera expresa habla el Evangelio del hacerse carne del logos, de su incorporarse por tanto en ella. Así —dice Tomás en su comentario al Evangelio de San Juan—, queda excluida la opinión maniquea que el cuerpo proceda del mal.

Esta mundaneidad afirmativa se le recriminó ya en vida a su maestro Alberto Magno y a él mismo por la teología espiritualista entonces dominante. Tomás contestó con una respuesta enérgica y diferenciada. Primero profundiza en el núcleo del reproche, en cuanto que investiga el concepto bíblico de mundo. En el Evangelio de San Juan, dice, aparece ese concepto con tres significados. Así, mundo significa lo mismo que creación. Otras veces se denomina mundo a la creación renovada por Cristo. En ambos sentidos, mundo es una realidad que se afirma absolutamente. En tercer lugar, la Sagrada Escritura habla también de mundo como la perversión del orden de la creación, y naturalmente niega este mundo, pero sólo éste. Hoy este concepto negativo de mundo equivaldría a: los campos de concentración, el archipiélago Gulag y las clínicas abortistas.

Esta afirmación de la realidad que legítimamente se puede denominar mundaneidad puede facilitar probablemente al hombre de nuestro tiempo la comprensión del maestro común de la cristiandad, incluso quizás hacerlo simpático y concederle una actualidad en el sentido de una correspondencia positiva. Por supuesto, no debe olvidarse que la mundaneidad de Tomás de Aquino está teológicamente fundada. Con ello se llama por su nombre a la otra cara oculta de su actualidad. Ella tiene a la vez el carácter de aviso y de corrección.

VI. UNA OPINIÓN MODERNA

Bien o mal, y confieso que sin especial agrado, añadido a este punto una nota sobre el tema Tomás y la mujer. Me gustaría expresarme en poco espacio, porque el tema posee una aparente actualidad, menos por sí mismo y más a causa de malentendidos o algunas noticias falsas con repercusión pública. Tomás enseñaba en relación a la fisio-

logía de la procreación las opiniones que naturalmente en el siglo XIII valían como la ciencia a la altura del tiempo. Pero todo lo que dice sobre ese campo no tiene en absoluto ninguna importancia. Eso no es lo que le hace maestro común de la cristiandad. Con todo, debo además corregir algo en este punto: Tomás no ha afirmado nunca lo que se oye siempre de nuevo, que la mujer es un hombre malogrado.

Por el contrario, él ha hablado de la dignidad de la mujer como persona humana. Sólo estas opiniones ya son de peso para una antropología teológica. En las cuestiones acerca de si el hombre es imagen de Dios, se encuentra una objeción que, junto a una palabra equívoca de Pablo, da que pensar: si no será sólo el hombre la imagen de Dios; la mujer, por el contrario, la imagen del hombre. Consiguientemente, no serían todos los hombres imagen de Dios, pues las mujeres no lo serían. Así se pudo hablar entonces sin tacto, y con menor tacto en otros tiempos. Posiblemente recibiera Santo Tomás con su respuesta todavía otro hálito de actualidad. Su respuesta es la siguiente: cita una única frase de la descripción bíblica de la Creación: "Dios creó al hombre a su imagen; a su imagen lo creó; como hombre y como mujer lo creó". Después formula con rotunda claridad la conclusión: "Es común al hombre y a la mujer ser imagen de Dios". En cualquier caso, una conclusión rica en consecuencias.

VII. AMOR DE MAESTRO

Enseñar es, según su naturaleza, algo distinto de la información y exposición de hechos. El que enseña debe haberse introducido, escuchando y hablando, en la verdad de las cosas. En el asunto del enseñar, éste es el elemento imprescindible de la contemplación, sin el cual la actividad de la artesanía didáctica permanece infructuosa. Pero el que enseña no mira sólo a las cosas. Mira a la vez la cara de los hombres vivos, que deben y quieren también aprender la verdad de las cosas.

Ello distingue al verdadero maestro, que se esfuerza no sólo por hablar sino también por pensar desde la situación interior del primer contacto con el objeto. Esto se une, como en Tomás, a algo humano superior que no se puede realmente aprender: a la aten-

ción amorosa al oyente, a la identificación amorosa con el principiante.

Este fruto del amor se le concedió al maestro Tomás en gran medida. Se comprende que ya la primera biografía consigne que Tomás asombró a los estudiantes de París por la novedad de sus lecciones. Parece ser este carisma de la atención amorosa al alumno el que concede a las obras de los grandes el carácter de la sencillez clásica. Por eso son Laotsé, Platón y Tomás mucho más sencillos de leer que sus epígonos y comentaristas.

VIII. LA PRÁCTICA DEL DIÁLOGO

Todo el mundo sabe que en nuestras universidades el alumno, aunque estudie profundamente su especialidad, no obtiene una idea completa y general del mundo. Es un error romántico creer que en los colegios superiores de la Edad Media occidental fue de una manera absolutamente distinta.

Sin embargo, hay una diferencia decisiva. Había entonces, junto a la especialidad, una institución profundamente arraigada en la vida académica, que garantizaba una cierta universalidad de la cosmovisión y que la impulsaba. Había disputaciones regulares, es decir, discusiones pública interdisciplinarias que no excluían ningún argumento ni participante. Y es precisamente Tomás de Aquino quien en París, la Universidad que marcaba la pauta para toda la cristiandad, restableció el ejercicio de la disputación. Con un trabajo enorme, y probablemente con no menor fruición, organizó Tomás semanalmente durante varios años tales discusiones.

Según las reglas del juego establecidas, en la disputación, para asegurarse de que los argumentos del otro en la búsqueda común de la verdad se entendían como él mismo quería ser entendido, había que atender, por ejemplo, a esta regla: no estaba permitido a nadie contestar inmediata y espontáneamente a una objeción. Muy por el contrario, debía cada uno repetir con sus propias palabras el argumento del contrario y dejar que su colega confirmase expresamente que eso era precisamente lo mentado. Sólo entonces podía responder. Únicamente es preciso imaginarse durante un momento que esta regla de juego fuese obligatoria nuevamente hoy. Sería inimaginable lo que significaría para la purificación de la atmósfera de

la discusión pública, en la que no sólo se suele hablar sin entenderse, sino que además se sabe claramente que se hace así.

IX. RESPETO AL ADVERSARIO

Por lo tanto, la primera regla de la disputación exige escuchar, para para incluso no reconocer la debilidad, sino la fuerza propia del argumento contrario. En esto es Tomás de Aquino de nuevo ejemplar. A uno puede seguramente pasarle, ojeando ingenuamente en sus escritos polémicos, caer en un capítulo que formula a primera vista la objeción contraria de la manera más conveniente —sin ninguna referencia a la debilidad del argumento, sin ninguna huella de exageración irónica—. Parece que habla el oponente mismo, que es impecable en la forma, tranquilo, comedido, objetivo. Y después toma el mismo Tomás la palabra con su tesis.

Quien preguntase por las causas de la degeneración de la discusión pública, podría muy bien pensar que quizás falta sobre todo el modelo convincente de la verdadera discusión y justamente en el lugar donde debería realizarse y encontrarse como en casa: en la Universidad. Con ello se plantea de nuevo la cuestión de si Tomás de Aquino como maestro de la discusión ordenada no podría ser, de una manera completamente nueva, actual para nuestro tiempo.

JOSEF PIEPER*

*Conferencia dictada por el gran filósofo alemán (Profesor en Münster) en el Día de los católicos alemanes (*Katholikentag*) de 1987.

Sea éste un homenaje de esta Revista en los 730 años de la obtención del título de *Maestro* del "ángel de las Escuelas". Con la gentil autorización de *La Nación* (Santiago de Chile).